

## *EL APRENDIZAJE HISTÓRICO\**

---

---

Caracteriza el aprendizaje histórico, tal como debe alentar y guiarlo la educación en las democracias, su capacidad de renovación perenne, su confianza en las fuerzas múltiples del espíritu y su equilibrada coordinación de los elementos que hacen tan rica y compleja a la humanidad.

### DETERMINISMO TOTALITARIO

Semejante amplitud contrasta con el simplismo determinista de quienes ostentan, al par que Spengler, un pesimismo fundamental, cuya tesis gira en torno al eje de la concepción orgánica del Estado o, a imitación de los geopolíticos, exaltan un materialismo telúrico invulnerable a las transformaciones libertadoras del pensamiento o, como Rosenberg y los técnicos del racismo, basan la historia sobre una ecuación biológico-geográfica en la que, a menudo, el factor físico de la sangre les parece más importante y más decisivo que el factor físico de la tierra.

Por el camino de ese simplismo llegan los geopolíticos a proclamar que toda nación que no es digna de ser martillo es el yunque obligado de las demás, en tanto que los partidarios de Spengler se gozan en la definición de una decadencia que permitiría la consolidación de los dictadores y los secuaces de Rosenberg clasifican a los países en pueblos-amos y pueblos-siervos, abominando del mestizaje y procurando, por la opresión sistemática, apresurar el triunfo del *herrenvolk*.

Todas estas interpretaciones políticas de la historia sirven a un interés de partido, si no de grupo, y hay –al examinarlas– quienes se ven inclinados a opinar, junto con Huizinga, que toda civilización determina lo que quiere que sea su propia historia.

---

\* *Apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México. México, D.F., 11 de mayo de 1944. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.20-25.*

## SENTIDO ÉTICO SUPERIOR

Sin embargo, si adoptáramos tal concepto en su integridad, ¿cuál sería nuestro propósito al reunirnos a discutir acerca de las ventajas de que nuestra historia se enseñe con ese sentido ético superior que –anticipándome al resultado de las deliberaciones que aquí se inicien– creo ya descubrir en el plan general de vuestros trabajos? ¿No será, más bien, que la declaración de Huizinga lleva al extremo ese hecho, señalado por Valéry cuando precisó que el carácter real de la historia estriba en su participación en la historia misma y que la idea del pasado constituye sólo un valor auténtico para el hombre animado por el entusiasmo del porvenir?

Por oposición a estas reflexiones, vienen a mi memoria ciertas frases de Bayle, el cual –en su *Diccionario Histórico y Crítico*– anotaba orgulosamente: "En la medida de lo posible, el historiador tendrá que colocarse en la situación de un estoico, a quien ninguna pasión conmueve. Insensible a todo lo demás, cuidará tan sólo los intereses de la verdad y *a ella sacrificará hasta el amor a la Patria... pues, en cuanto historiador, es, como Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía.*" ¡Cómo revelan estas palabras al autor que las escribió! Si he subrayado el párrafo en que concluyen, fue para haceros sentir hasta qué límite el afán de la objetividad extremada en materia histórica suele también inducir a extravíos a quien la intenta, o, para ser exacto, a quien se figura capaz de intentarla con plenitud, ya que, en estas disciplinas de la cultura, se equivoca tanto el que aspira a encerrarlo todo dentro del círculo de la asimilación personal, cuanto aquel que se considera dueño de prescindir por completo de esos orientadores del juicio que son la Patria, la educación, la familia, el respeto de las instituciones y la imaginación del mejoramiento de su país.

En el término medio en que descansa la realidad, las enseñanzas históricas representan una ayuda insustituíble para comprender el presente y, al mismo tiempo, para concebir sin proféticos dogmatismos el futuro de la nación. De ahí la urgencia de cimentarlas en el conocimiento sereno y circunstanciado de lo que fue; pero de ahí también la necesidad de no reducir las a una enumeración, que resultaría en no pocos casos muy engañosa, pues, hasta en las obras que se reputan más objetivas, está presente –aunque a menudo disimulada– la doctrina económica y filosófica del autor. Por equivocada que se le juzgue, la sinceridad que se muestra valientemente previene, al menos, la acción defensiva de los lectores. En cambio, el eclecticismo fingido aprovecha, a favor de la causa que no confiesa, el orden de selección de los materiales, la distribución de los documentos y hasta esas táticas

omisiones que puedan dar a las síntesis –en apariencia más despojadas de sectarismo– una intención polémica, por oculta, más peligrosa y difícil de denunciar.

## PELIGRO DE LA SISTEMATIZACIÓN EXCESIVA

Con razón se ha dicho que es menester conservarse en guardia frente a los riesgos de una absorción abusiva del pensamiento por las fórmulas y los métodos de la historia, y que el sentido histórico debe quedar conformado por las condiciones plásticas de la vida, porque, si se aparta de la función de la sociedad, la defrauda y la debilita inconscientemente.

Por lo que a México atañe, hay igualmente que precaverse contra la tentación de tomar la serenidad del criterio y la imparcialidad de la información como ausencia de todo interés político en el historiador. Según acertadamente lo apunta Croce: "la profundidad de la visión histórica lleva implícita profundidad de interés ético y político"; idea que amplía, dentro de otro capítulo de su obra, en forma que no me resisto a reproducir porque aclarará los motivos que nos incitan a examinar con reserva la posición de quienes pretenden que, en nombre del ideal de concordia que sustentamos, se prive a la historia de nuestro pueblo de lo que tiene de más genuino: el espectáculo del esfuerzo para alcanzar la verdad de sus libertades.

La afirmación –indica el propio Croce– de que, para narrar la historia, es necesario elevarse sobre las pasiones y alejar ideas y juicios preconcebidos, se convierte con facilidad en otra: se ha de narrar fuera de toda participación en las luchas de la vida[...] El giro de las frases y el sonido de las palabras pueden engañar fácilmente. Sin embargo, las actitudes que delinean estas afirmaciones son radicalmente distintas y la segunda de ellas está en contraste con la naturaleza misma de la historiografía.

Bien está, por cierto, que se cancelen los odios en la redacción de los libros de historia de nuestra Patria. Bien está asimismo, que se emprenda una campaña depuradora para arrancar a los textos las páginas negativas. Como Secretario de Educación, aplaudiré todo lo que se haga en ese sentido; pero, como funcionario y también como hombre, habré siempre de preocuparme por que, en nuestro empeño de eliminar los enconos, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios y por tender sobre los dolores de lo pasado –que son historia y, como historia, son enseñanza– un velo hipócrita y tembloroso que daría a las nuevas generaciones una impresión descastada de nuestra vida y que, por desfiguración de los arduos asuntos que trataron de resolver, colocaría a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas.

## UNA HISTORIA QUE DEFIENDA A LA PATRIA

Ambicionamos una era de paz durable y de unidad sólida y constructiva. Pero sabemos que nada se halla más alejado de la paz verdadera que el artificial apaciguamiento y que no es ocultando los yerros como se les supera, sino considerándolos sin rencores y procurando enmendarlos con dignidad.

Toda la historia, vista en conjunto, es una epopeya del hombre que, a través de ascensiones y de caídas, de derrotas y de victorias, va buscando incansablemente la independencia de su destino. Si esto es exacto en lo universal, ¿qué razones podrían asistirnos para desear que, por lo que concierne a nuestro país, esa epopeya se registrase con pluma inerte y con tinta incolora y avergonzada?

Para explicar esa fe entrañable con que debemos aproximarnos a la contemplación de nuestra existencia, bastaría evocar la figura de un maestro vital como Justo Sierra, que también en esto se anticipó a los problemas morales que revisamos. ¿No fue él, en efecto, quien al inaugurar la Universidad Nacional, en 1910, se expresó en estos términos intachables: "Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas, en teorías incesantes, para adorar a Atenea Promakos, a la ciencia que defiende a la Patria."

Si hay, señores, un estudio que defienda a la Patria, es el de la historia. Y, para que la defensa de las violencias del exterior y de los egoísmos y las venalidades del interior, os halláis congregados en este instante, a fin de que, en la actividad a la que habéis dedicado lo mejor del espíritu que os anima, la simulación de la rectitud no brinde un escudo impuro a las fuerzas del retroceso y la vocación del progreso no invoque nunca, como argumentos, la pasión exclusiva, la propaganda personalista y la difusión de lo exótico y lo mendaz.

## VISIÓN COMPLETA Y ESCENARIO UNIVERSAL

Entre otras ideas, que la limitación de un discurso no me permite desarrollar, creo conveniente detenerme, antes de concluir, en dos observaciones indispensables.

La primera es la de que ningún ensayo en esta materia sería fecundo si desprendiéramos arbitrariamente de nuestro juicio el análisis ponderado de los juicios que no son nuestros y si, suponiéndonos poseedores de una verdad inmutable sobre el

pasado, lleváramos la preferencia de nuestro ánimo a una sola parte de los recuerdos –los que halagan tal vez nuestra inclinación– y procuráramos ignorar, en la voz ajena, la opinión de quienes acaso no encarnaron en todo momento el ideal progresista de México, pero que no por eso dejaron de intervenir con derecho a la vida de la República. Cuanto más honda y fundada sea nuestra convicción, más obligados nos sentiremos a confrontarla con las convicciones de los demás. México es un todo. Y una visión incompleta de las razones que algunos sectores de México tuvieron para vivir y para luchar, eliminaría de nuestra historia ese elemento crítico necesario que sólo temen los déspotas o los débiles. La amplitud del alma no es un lujo en estos estudios sino una condición primordial y un deber común.

La segunda de las observaciones que he mencionado se apoya en la conveniencia de no enfocar los acontecimientos de nuestro pueblo en un escenario aislado, hermético y sin contacto con las realidades del Continente y también del mundo. Ningún país vive nunca solo y ningún problema se ofrece desvinculado de otros problemas que, en sus orígenes o en sus repercusiones, afectan y mueven a toda la humanidad.

Estoy seguro de que no falta entre los presentes quien, en cierto período de sus investigaciones, haya advertido cómo determinadas dificultades –que parecían sólo locales– se acentuaban e iluminaban por comparación con las crisis o con los triunfos que, en ese mismo período, afligían o estimulaban a naciones próximas o distantes. Transmitir a los capítulos de la historia de México esa dimensión eterna, la dimensión de lo humano por relación con lo universal, será sin duda una conquista efectiva de esta reunión.

Al hacer votos por vuestro éxito, permitidme que evoque una escena admirable del primer Fausto. Aquella en la cual, del espejo encantado en que el sabio se mira anhelosamente, surge el futuro. Después de todo, la historia bien entendida y bien enseñada debe ser eso: un espejo activo, en cuya límpida superficie nuestro pasado explique nuestro presente y augure, hasta el punto en que son razonables las previsiones, nuestra continuidad en lo porvenir. Creador espejo que no requiere, para auxiliarnos, mayor hechizo que la luz que sobre él proyecten el patriotismo de la pesquisa, la integridad de la información, el respeto de la justicia y la devoción social por la libertad.

Esas cualidades son, por fortuna, las que siempre hallamos en la conciencia de los grandes historiadores. Y es natural que así sea ya que, para terminar con dos frases de Goethe –que, en esta guerra, provocada por el menos goethiano de los germanos, conviene recordar con exactitud–, "no se conoce bien sino lo que se ama" y "cada momento tiene un valor infinito, pues representa toda una eternidad".

